

**Marianne Wiggins**  
**Las propiedades de la sed**  
Traducción de Celia Filippetto

la primera  
propiedad de la sed  
es  
la sorpresa

No puedes salvar lo que no amas.

eso ya lo sabía él. Por Dios, lo había aprendido desde la cuna, en casa de su padre, en el regazo de alguien cuyo desmedido amor por el dinero caía a raudales como agua bendita sobre todos los aspectos de sus vidas. Si quieres mantener algo vivo (como este negocio, hijo mío), tienes que quererlo con todas tus fuerzas. Nadie ha hecho jamás fortuna con la leche de la bondad humana. *Sed*. Debes proponértelo, debes tener perseverancia, independencia, aguante.

todo eso. Los espumarajos de su padre en la boca.

el hombre apenas levantaba metro cincuenta del suelo y era capaz de tumbar a cualquiera de espaldas con su furia de elfo, con su comezón de ganar dinero, capaz de tumbar a una persona, especialmente a su hijo.

Por algo lo llamaban Punch, puñetazo.

por Dios, se subía de un salto a la mesa con todas sus galas —los botines, el traje de sarga, el chaleco, la leontina el almidón la seda los gemelos de ónix— y empezaba a darle puñetazos a alguien, puñetazos con el dedo, puñetazos en el pecho, el dedo buscando el corazón como hace el hurón con la rata: trataba así incluso a su mujer.

acometía a la madre de Rocky en las escaleras o en la sala —siempre con público— y le daba puñetazos en el esternón con-tándole los cómo y los para qué, mientras Cas y Rocky se enco-gían de miedo en el rellano:

Predicando con el ejemplo.

Por Dios, qué mujer más estoica había sido.

pero ¿por qué justo ahora, por qué estaba pensando en ese cabrón precisamente esa mañana?

Si quería que Punch estuviese presente, por Dios, no tenía más que invocar a ese mierdica, pero lo que no quería y lo que no lograba entender era que, justo ahora, ocurriera lo contrario, que, después de llevar muerto tantos años, fuera su padre quien lo invocara a él.

de la nada.

los muertos.

¿Cómo se salen con la suya?

Para empezar, nos superan en número, razonó Rocky. Además, tienen tiempo de sobra.

Pero ¿qué lo había provocado?...

intermediarios de la memoria (según los recordaba Rocky: el olor, por supuesto; el géiser del cerebro..., un pino longevo, su historia sepultada en la raíz, antigua como Dios). (No. No había *olido* a su padre.) (¿Tenía su padre un olor?) Sí. (A menta.) (Y a dinero.)

*la música.*

La música jugaba en él con el tiempo —era una función para narrar el tiempo que viajaba a través de la distancia, moría, una disfunción— pero esa mañana aún no había sonado música; solo sonidos lejanos:

Un búho.

El tren.

Tal vez hubiera sido eso: el tren a lo lejos; pero oía un tren todas las mañanas al despertar y sus pensamientos no siempre iban detrás de Punch:

Algo había puesto en marcha ese tictac:

Una cosa inadvertida.

Él era un hombre de ciencias —o eso quería pensar—, un hombre instruido, razonablemente versado en las teorías del comportamiento shakespearianas y otras más actuales, y, parando en seco bajo ese cielo conocido, tuvo la certeza de que acabaría dándole caza. Punch: por hoy he acabado contigo. No vas a interrumpir este ejercicio.

Para dar fe del pequeño triunfo, levantó la vista, registró el punto por donde el sol se elevaba detrás del monte Inyo y en voz alta proclamó al mundo: *7 de diciembre*.

Thoreau se jactaba (el muy bobo había sido un fanfarrón asilvestrado) de que podrían despertarlo de un trance de varios meses y a las cuarenta y ocho horas sabría decir qué día era con solo ver cómo interactuaban las plantas y los animales de su santísima laguna de Walden. La primera vez que Rocky estuvo allí, había llevado consigo la obra de Thoreau, unos ejemplares ajados de sus diarios en el hatillo. Acudes a otros hombres para que te guíen en la madurez, se figuraba, todos los hombres lo hacen. Al menos todos los niños. Fueron Thoreau y Emerson, ese par de viejos trascendentalistas, quienes prendieron la mecha de Rocky y articularon los argumentos para impulsar su insurrección y catapultarlo desde la Costa Este hasta aquel gran desierto salvaje. Había construido ese rancho, había construido esa vida, como actos de emulación de esos dos pensadores, de esos dos hombres. Con los años su entusiasmo por Emerson se había ido enfriando, sus aforismos quedaron petrificados en rectitud moral de piedra, pero Thoreau conservaba la capacidad de encender las últimas débiles hilachas que pervivían de su juventud. Seguía frecuentando sus libros —escogía una página al azar para localizar alguna frase— aunque había dejado de leerlos, no le hacía falta, porque los había traducido en memoria viva, en algo suyo. Como Thoreau, había creado el refugio desde los cimientos, haciendo una minuciosa lista de los materiales que había utilizado, las cantidades, los costos. A diferencia de Thoreau, había construido una auténtica residencia, una casa; y —la diferencia fundamental respecto a Thoreau— la había construido para una mujer. Como la gente de los alrededores de la laguna de Walden había dicho de Thoreau, los que se acercaban allí para conjeturar sobre la empresa de Rocky al regresar a la ciudad lo tachaban de idiota. De loco. Desde el terremoto, en Lone Pine se decía que la madera era el único material seguro, pero Rocky tenía debilidad por la mampostería india y española desde que se había trasladado al Oeste y había entrado por primera vez en una casa de adobe. Vigas. Tierra

cocida. Muros de cuarenta y cinco centímetros de grosor. Sonidos confusos. La sensación de estar rodeado de tierra. El hecho de que allí, en una casa de adobe, incluso en los meses más secos se olía el rizoma de las paredes:

Se huele el agua.

El Este, cuando afloraba su restrictivo recuerdo, lo hacía estremecerse. Era como llevar un zapato apretado. Su niñez allí parecía una enfermedad, una cojera paralizante que había tenido que superar. Cuando pasó por Harvard, aquel semestre desastroso, viajó a Concord, a la laguna de Walden (con la mochila a la espalda) para rendir tributo, respirar el aire, la sustancia (tal vez se conservaran un par de moléculas) que Henry David había exhalado.

El lugar lo había decepcionado.

mucho menos que la sustancia de los sueños, la laguna de Walden parecía mansa y cuidada, un parque en una ciudad, un arboreto en el Bronx o en Brooklyn, el tipo de lugar al que podría ir un grupo de señoras a tomar el té o a ceñirse en un abrazo controlado con la Naturaleza. Thoreau le había dado un aire masculino y tosco —de frontera, entre los márgenes del mundo seguro y los límites de la rebelión—, pero ahí estaba, una laguna de aguas estancadas alrededor de la cual se podía caminar sin sudar y sin dejar de oír el traqueteo del tráfico. La escala era desproporcionada, si no es que Thoreau era un enano o un niño jubilado. Rocky medía cerca de dos metros. Era imposible que Thoreau imaginara que la laguna de Walden fuese tan grande a menos que su sentido de la distancia hubiese disminuido en aras de la narrativa.

Tal vez solo las personas diminutas caminaran por el pasado. La mayoría de los héroes no son gigantes, pero el disminuyendo de las expectativas de Rocky, allí, en la laguna de Walden, debió de prepararlo para el Oeste. No obstante, aún ahora, en los bolsillos Rocky llevaba, en gran medida, lo que Thoreau había llevado en aquel otro lugar, cien años antes:

<u>Thoreau</u>	<u>Rocky</u>
su diario	su diario
un lápiz	un lápiz
un catalejo	prismáticos
una lupa	
una navaja	un cuchillo de monte
cordel	alambre
	cortaalambres

*agua.*

Thoreau jamás había tenido que llevar agua en su recorrido por la laguna —Thoreau jamás había tenido que llevar agua encima (eso que Rocky llamaba «agua para la caminata»):

Thoreau tenía la *lluvia*.

Thoreau tenía la vegetación ahíta de lluvia: tenía nutrias, mar-motas, tortugas, ratas almizcleras, tadornas, garzas reales, águilas pescadoras, colimbos y otras aves acuáticas.

Esa mañana un gavilán colirrojo seguía a Rocky, ensartando su hambre rapaz en el cielo azul.

Tenía excrementos de coyote y espiguillas, la cuenca alcalina, matorrales y polvo. Thoreau era capaz de decir en qué semana florecerían las plantas carnívoras o cuándo habían eclosionado las larvas de la laguna, pero Rocky dudaba de que Henry David hubiese llegado a ver la flor de choya, a oír el eco de una avalancha en la sierra o a probar los cactus.

Thoreau nunca había probado la sed al oeste de las Rocosas.

Walden había sido el almanaque de Thoreau pero ese valle era el reloj de Rocky. Su reloj de agua. Su Stonehenge. Cuando caminaba hasta aquí, cuando salía de su casa de adobe a caminar, hacia el sur, hasta esta huella, a poco menos de un kilómetro, donde el río Owens superaba una escarpa de granito y viraba al oeste, a través de la finca, en ese punto donde se alejaba otra vez hacia el sur, donde todavía quedaba una huella de su lecho, una versión del reloj del valle se ponía en marcha: por propia experiencia (y por la de la tierra), sabía que el 21 de diciembre, en el solsticio de invierno, en

dos semanas a partir de hoy, el sol alcanzaría el límite de su recorrido austral detrás de las montañas Inyo, llegaría a la quebrada más allá de la cual no podría extenderse, se quedaría allí durante una exclamación cósmica y entonces invertiría el rumbo hacia el verano, cruzando de vuelta el cielo. A un lado del valle: la sierra: *las sierras nevadas*,\* los dientes de sierra cubiertos de nieve (en español, una «sierra» es también una herramienta). Desde el sur, desde el punto donde él se encontraba, extendiéndose hacia él, alcanzaba a ver los picos nevados de Lone Pine, McAdie, Muir, Hitchcock, Rooks, Thor, los montes Whitney, Williamson y Russell, sus aristas de un blanco cegador cubiertas de un destello rojizo incluso ahora, antes de que el sol alcanzara su apogeo sobre el monte Inyo al otro lado del valle. Rocky era capaz de decirte por dónde exactamente, detrás de qué escarpada quebrada de la sierra, desaparecería el sol. En un día cualquiera era capaz de decirte por dónde saldría y se pondría el sol. A la luz del día, era capaz de acertar la hora (con un margen de cinco minutos). Llevaba treinta y siete años dando ese mismo paseo matutino y sabía observar la tierra en busca de señales mejor de lo que conocía su propia cara. (Tras la muerte de su mujer había quitado los espejos de la casa.) Sin embargo, esa tierra siempre lo sorprendería, esa tierra nunca había dejado de ser, para él, sustancialmente, una gran sorpresa.

Nunca sabía qué podía pasar.

Esa mañana buscaba algo concreto, pero las cosas que no buscaba nunca dejaban de reconfortarlo y deleitarlo. (Un diente de oso; un trozo de mineral de plata, el esqueleto completo de un pez.) (Este último robado, seguramente crudo, por un águila calva a la que, en un descuido, se le había caído mientras buscaba comida.) Una vez había encontrado el botón de un uniforme perteneciente a un regimiento de la guerra civil. Una vez había encontrado una moneda, una *cruz española*\* mexicana de sabía Dios cuándo, en una playa cubierta de guano. Thoreau (lo sabía de haberlo leído) también había tenido momentos así: momentos en la tierra, cuando caminaba, cuando el tiempo y

\* En español en el original. (*Todas las notas son de la traductora.*)

la historia le hablaban. (Una mañana, Rocky recordó, Thoreau había encontrado nieve roja. Emerson había mencionado lo de que Thoreau había «encontrado nieve roja» en una de sus caminatas, pero ninguno de los dos dio explicación alguna.) En su primera caminata tras la muerte de su mujer, Rocky había llegado hasta allí, solo, por la impresión o el dolor o sabe Dios qué. La noche anterior —la noche en que ella murió— había helado y la poca humedad que quedaba en la tierra se había endurecido, se había levantado como cristales de azúcar en una tarta y, mientras andaba, el único sonido perceptible había sido el de sus pasos —como esa mañana— que imitaban el sonido de alguien que arruga papel para un fuego, alguien que camina a través de noticias añejas. Demasiado temprano para los pájaros —los pájaros estaban refugiados en las estribaciones—, demasiado temprano para las codornices, para sus carreras silenciosas. Los perros tampoco lo acompañaban: se habían quedado con ella en casa, notando, como es propio de los perros, otro fantasma.

Y entonces había encontrado la huella de ella.

Ahí estaba, clara como el agua.

La polio había tardado, desde el inicio hasta el final, ocho meses en llevársela; los tres primeros meses ella había caminado con bastones y los últimos cinco había dejado de andar.

Pero ahí había quedado, la marca de su pie derecho, congelada en la tierra, conservada, tan viva entre la gravilla y la salazaria mexicana como un nido oculto o un huevo fresco.

No cabía duda de que era suya, su bota, su número de pie, la habría reconocido en cualquier parte. Pero el efecto en él, el hecho de que la tierra la hubiese guardado para él, el momento de su descubrimiento la mañana en que más hondo era su dolor, lo postraron de rodillas. Por entonces llevaba meses sin imaginarse a su mujer andando; se había negado esa visión de ella en libertad, de modo que encontrar esa prueba, en su frágil estado, había sido para él una circunstancia demasiado milagrosa. Se había dado la vuelta para mirar la casa de adobe donde el cuerpo de ella yacía amortajado y se había preguntado si era posible que aquella fuese

la huella del alma de su mujer. ¿Acaso sería el último lugar de la tierra que había pisado, acaso sería el lugar de donde había partido su alma?

Estuvo un tiempo pensando en hacer un molde de yeso de la huella, y a lo largo de los siguientes meses de duelo erigió a su alrededor un círculo de piedra para resguardarla del viento. No tuvo que preocuparse por la lluvia, la media del valle en el lado sombreado de la sierra era, con suerte, un escaso par de centímetros al año, pero sabía que, cuando la tierra se deshelara y la primavera llegase otra vez, la huella se perdería y esa prueba de la existencia de su mujer se desvanecería.

«Ciertas pruebas circunstanciales —escribió Thoreau— son muy sólidas. Como encontrar una trucha en la leche.»

Podría haber conservado la huella de haberlo querido de veras. Había estado dentro de sus posibilidades conservarla pero, según fueron pasando los meses, el sentido de hacerlo, el sentido imaginado de hacerlo —que el suelo debía ser santificado porque tanto su planta del pie como su alma se habían elevado desde allí— migraron: el sentido del lugar que le había atribuido se había transformado. Consciente, inconscientemente, dejó estar aquella huella. Al principio, en los primeros días de desesperación, se había permitido mitificar la prueba, buscar consuelo en su idea mística. Su dolor exigía una prueba de lo Eterno y la huella de su mujer era la prueba circunstancial de su propia sed. *Dios* estaba en el paisaje —de eso había llegado a depender en el Oeste: era Algo-Muy-Grande y presente— y Algo-Muy-Grande había dispuesto dejar la huella de su mujer, había dispuesto que él la encontrara la primera mañana tras su muerte.

Lo que pasó después había sido otra forma de milagro, uno humano. Había salido a caminar todas las mañanas hasta ese mismo lugar, ese lugar que había conservado, para verla y tocarla. Lo que más deseaba era volver a estar con ella, traerla de vuelta o reunirse con ella, y el único lugar donde podía conseguirlo era en su soledad, su intimidad, sus pensamientos silenciosos. Si hubiese sido egoísta, se habría internado en las montañas para convertirse, como un monje, en una especie de ausencia sagrada, en un desier-

to humano, alimentándose del mínimo rastro de ella. Pero tenía dos hijos gemelos de tres años, cuyo desposeimiento se multiplicaría por dos si él llegaba a faltar. De manera que todas las mañanas había registrado el cambio, registrado su vida y deseado que ella volviera a existir, viendo cómo la huella se había desvanecido hasta convertirse en otra cosa.

La decisión de desaparecer no le correspondía a ella; le correspondía a él guardar su recuerdo. Si su recuerdo no debía apagarse, a él le correspondía mantenerlo vivo.

Ella no había desaparecido.

Toda aquella vida, toda aquella complejidad de pensamiento —su forma de hablar, su vocabulario, todas las sinapsis vitales, su sorpresa ante las estrellas, sus conocimientos (culinarios, médicos), su experiencia única—: todo aquello había desaparecido; pero el ruido que hacía al despertar, su calidez específica, la forma en que le sujetaba la mano en la mesa al empezar a comer, la forma en que saboreaba la comida, su sabor húmedo bajo la ropa: él lo recordaba todo, ese recuerdo jamás se desvanecería.

Por Dios, si incluso ahora al mirarlo el rancho era ella, la casa, cada línea y cada pendiente, cada muro y cada azulejo que él había colocado para ella.

*Las Tres Sillas*:\* así la había llamado hacía un montón de años:

Las Tres Sillas.

Una para la meditación.

Dos para la conversación.

Tres para la compañía.

Según Thoreau.

Le había puesto el nombre al rancho en honor de su héroe, pero lo había construido para ella.

incluido el campanario. Santísimo incordio montarlo (la estructura de adobe más alta del condado). Sin embargo, ella lo había impuesto como una maldita condición para mudarse al Oeste, y para *le mariage*, así que lo había construido. Mi *beffroi*, lo llamaba ella (él se había negado a imitarla): la santísima *mère*

\* En español en el original.

había tenido uno en su aldea natal, allá en Francia. Había cosas, en buena parte culinarias, que a su mujer le había resultado imposible expresar más que en francés (*mirepoix, garde-manger*), y había cosas, en buena parte del Oeste, la mayoría topográficas, que él solo sabía decir en español (*barrada, ceja*). La santísima *mère* le había contado a su mujer la historia de la campana de la aldea: si viajabas más allá de su alcance, si te alejabas a pie lo suficiente, hasta donde el tañido de la campana no llegaba a tus oídos, estabas perdido. En territorio extranjero. En terreno ajeno (y hostil).

La campana te permitía saber que estabas en casa.

Cuanto más grande la campana, mayor el sonido, mayor la renuncia.

aquello era el Oeste, su futuro y el de su *mariage*, por eso ella quería una campana grande.

Él opinaba que le daba al lugar un aire institucional. De estación de salvamento. Opinaba que le daba al lugar un aire de misión.

Ella opinaba que le daba a la casa un aire de hogar.

Tocaron la campana el día que se casaron. La tocaban siempre el Cuatro de Julio, el día de Acción de Gracias, en Navidades y en Año Nuevo. La tocaron cuando nacieron los gemelos.

Él la tocaría por la boda de su hija, o eso esperaba.

La tocaría por la de su hijo.

Había tocado la campana por última vez a la mañana siguiente de la muerte de su mujer.

Aquella mañana, como todas las mañanas desde entonces, cuando daba este paseo, se había vuelto hacia aquello que había construido, hacia la casa de adobe, hacia las personas que había dentro, y había decidido mantener vivo el recuerdo de su mujer. Mantenerla a diario con él. Salvaguardar aquello que amaba.

Al dar media vuelta, contempló la firma del humo de la cocina de leña cruzar el cielo como tinta derramada y virar bruscamente hacia el norte, en la dirección del viento, llevada por la corriente predominante. Luz azul. Azul más oscuro en las sombras, la

sensación de que imperaba el agua; agua en el vapor de las raudas nubes moradas, bajas y planas, típicas de las mañanas en ese valle, agua en el hielo azul de las montañas; agua, agua en todas partes, salvo donde él la necesitaba. Se agachó, recogió un palo de una planta rodadora y lo lanzó a los perros como señal de que era hora de volver a casa. Esos perros: no los que ella había conocido; Cyrano, el último en sobrevivirla, había muerto hacía un par de años y ahora esos tres, que huían corriendo delante de él, eran los más recientes de los quizá veinte mestizos que habían tenido en los últimos treinta años. Siempre habían tenido entre dos y seis a la vez (el mayor número cuando los niños eran pequeños): él había elegido uno cuando llegó allí. (Tío Tom. Mestizo de sabueso.) Los dos siguientes lo eligieron a él: cuando se estableció en la finca y empezó a edificar la casa aparecieron, itinerantes y famélicos, y, como los mexicanos, que también habían llegado allí, trabajadores y de estirpe orgullosa. Heathcliff. Zopenco. Pickwick. (Su mujer también les había puesto nombre a unos cuantos, en francés: Lulu, Cousine Bette y Quasimodo.) Ahora su pointer (Huck), su border collie (Jane Eyre) y la frenética y huérfana Jack Russell que Sunny había llevado a casa desde Bishop a principios de semana (convenientemente bautizada como Daisy) corrían a su alrededor. Los mexicanos llamaban a Jane Eyre *enero*\* y Huck se les atragantaba, como un bocado lleno de cartílago: *chac*. Los perros más viejos no aguantaban las travesuras de Daisy, se lanzaban sobre ella enseñando los dientes, pero ella iba a la suya, les saltaba encima, les daba en el hocico con las patas delanteras, los golpeaba en el pecho...

... ahí estaba otra vez: Punch, la conexión: la perra hacía los mismos movimientos que su padre, los retozos de Daisy habían evocado la imagen de su padre, sus fintas combativas: incansables, persistentes.

Pues bien, un misterio resuelto.

... *padres*.

... mira quién hablaba.

\* En español en el original.

Apenas lo había hecho algo mejor que el suyo. (Al menos con Stryker.) (Sunny era otro cantar.) (Una hija siempre es otro cantar.) Tal vez había habido algo en la mezcla desde el principio, desde el nacimiento de los gemelos, que había puesto a Stryker en su contra (Dios sabía que él mismo había librado una batalla privada con Punch desde que era capaz de recordar) pero, fuera cual fuese la chispa que había saltado, fueran cuales fuesen las desavenencias entre Rocky y su hijo, se redefinieron cuando murió su mujer.

*No habría muerto si hubiéramos tenido más sillas.* Stryker a los cinco años.

cruel, acusador, precoz.

casi gracioso en su lógica infantil:

Stryker se enfrentaba a su padre, le demostraba a Rocky que no era tonto: la casa debería haberse llamado *Cuatro Sillas*.

El mensaje subyacente era *tú tienes la culpa*.

así habían ido las cosas con Stryker hacía ya, ay, Dios, demasiados años.

Era casi una cuestión de química. El rencor de Stryker. Ni siquiera cuando tuvo edad para entender cómo se extiende la polio, nada pudo atenuar su ira ni canalizarla hacia nadie que no fuera su padre.

Tres años; mucho tiempo para mantener un vacío en la naturaleza, para sostener una ruptura de tan ascética dureza, el distanciamiento de un padre, pero Stryker no quería saber nada de él, cero proximidad, cero comunicación, desde «el Incidente». Rocky no le había dicho *largo de aquí*, tampoco *no quiero volver a verte*; de hecho, había organizado la fuga que permitió a su hijo eludir la ley. Sunny tenía noticias de Stryker, desde luego, ella era su conciencia, su brújula exterior (interior) desde que él nació, seis minutos después que ella. Él le escribía —puede que incluso la llamase por teléfono—, Sunny le transmitía las noticias a Rocky al cabo de días (incluso semanas). De ese modo sabía que su hijo seguía vivo y coleando: por el amor de Dios, se había alistado en la Marina, a quién se le ocurría, en la maldita Marina, sabiendo lo arraigado, lo unido que estaba Rocky a *la tierra*. ¿Quién fue?... ¿Victor Hugo? ¿Dickens? *Samuel Johnson* había escrito que estar

en la Marina era como estar en una cárcel con la ventaja añadida de que podías ahogarte. Y lo que lo irritaba no era el rechazo (diablos, él también había rechazado el pasatiempo preferido de Punch, ganar dinero), lo que lo irritaba era el hecho de que Stryker estuviera tan preparado para la tierra. Era capaz de cabalgar de lado y mirando hacia atrás desde los dos años; de enlazar, pescar, atrapar, rastrear, vigilar, forcejear y derribar una presa como si fuera Zeus. La infancia neoyorquina de Rocky no lo había preparado para la vida en el rancho. (Su primer intento de fugarse de casa, de huir de Punch, a los seis años, había sido provocado por la institutriz, que había señalado el tejado del edificio Dakota, al otro lado del parque, lo que impulsó al pequeño Rocky a cruzar lo que para él era casi todo Estados Unidos —en realidad Central Park— para ir al Oeste.) (Llegó hasta el lado oeste de la Quinta Avenida antes de que un agente de la Policía de Nueva York lo acompañara a casa.)

Había tenido que pensar a fondo cuanto había hecho, aprenderlo de los libros antes de tener ocasión de aprenderlo con la práctica. Ahora eran pocas las cosas que lo amedrentaban (y eran los osos y los pumas; la amenaza de la sed), pero, por experto que fuera a pie y a caballo, nunca había tenido el talento que tenía Stryker, su facilidad y su gracia natural. El muchacho sabía, así de simple: sabía dónde pisar, tenía un instinto nato, sabía mantener el equilibrio, sabía cuál debía ser el siguiente movimiento. Había algo de temerario en aquel conocimiento, según Rocky, como si a su hijo no le hiciese falta aprender lo rápido que podían torcerse las cosas, y, aun así, el aplomo de Stryker al aire libre había sido una fuente constante de orgullo, incluso cuando de adolescente, ante su mudo escepticismo, Stryker había manifestado que, de mayor, anhelaba hacer de doble en películas de vaqueros.

No el tipo que cae rendido ante el amor; el tipo que se cae de los caballos.

Al que le disparan, el que se cae de la diligencia y cae de espaldas por la puerta de la taberna.